

Spinoza, vida secreta

DIEGO TATIÁN

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS -
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA - ARGENTINA)

Recibido el 10 de febrero de 2017 - Aceptado el 10 de marzo de 2017

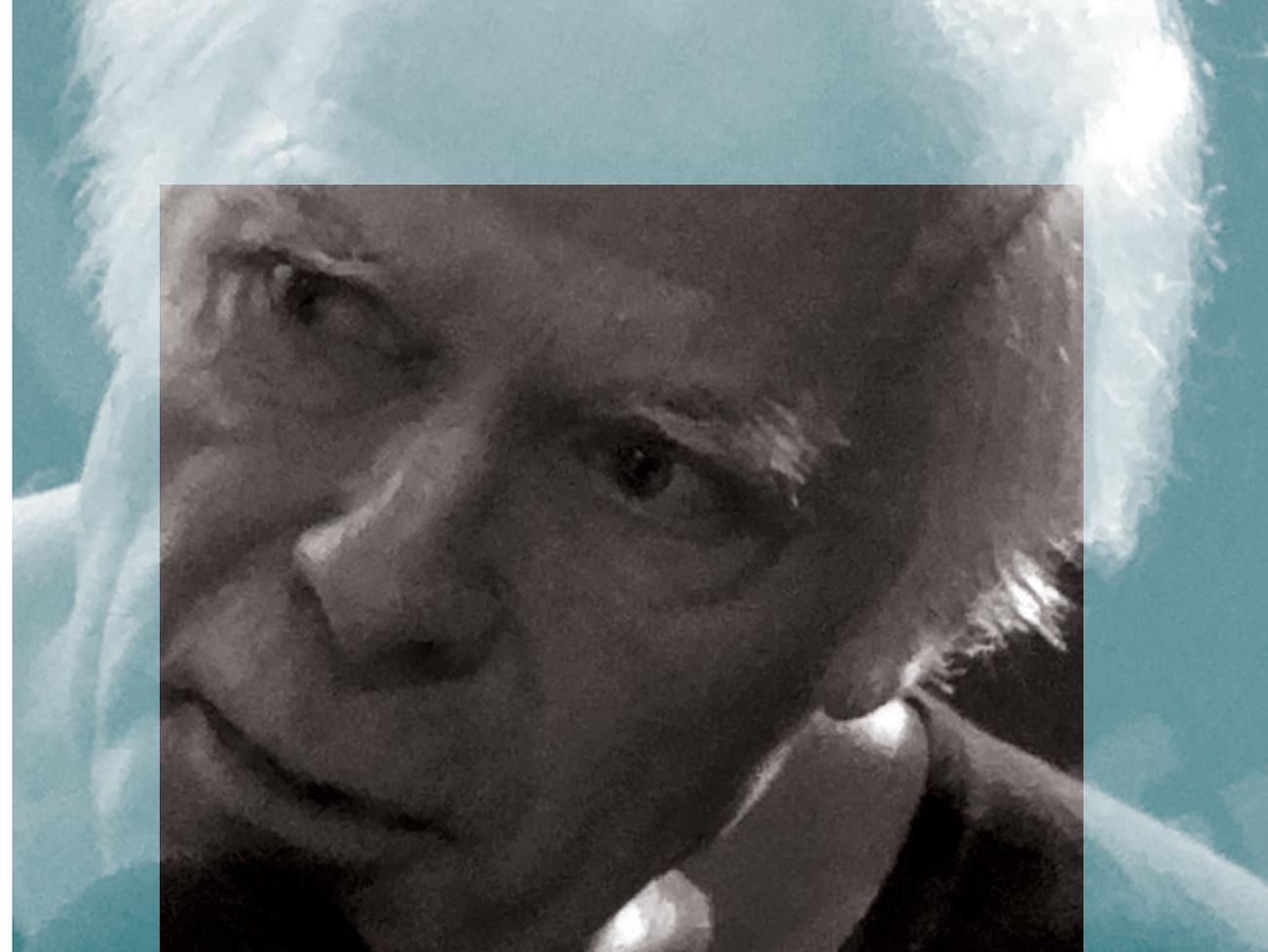
RESUMEN: En la saga que Pascal Quignard llama "Dernier royaume", el nombre de Spinoza se halla disperso en una profusión de menciones incidentales, e interviene asimismo en algunos pasajes fundamentales. El de Quignard es un Spinoza solitario, "lector", inactual, que concebía la vida buena como "vida secreta" orientada por la cautela, en contramano del Spinoza político y teórico del materialismo democrático de la multitud que ocupa el centro de buena parte de la crítica actual. Más que productos de la sociedad, las "rarezas" spinozistas que motivan la lectura quignardiana se asientan en la soledad, la amistad y la vida del pensamiento.

PALABRAS CLAVE: Spinoza – Secreto – Cautela – Libertad de pensar

ABSTRACT: In the saga that Pascal Quignard calls "*Dernier royaume*", Spinoza's name is scattered in a profusion of incidental mentions, and also intervenes in some fundamental passages. Quignard's Spinoza is a solitary man, a "reader", untimely, who conceived the good life as a "secret life" oriented by caution, in opposition to the political and theoretical Spinoza of the democratic materialism of the multitude that occupies the center of much of the current criticism. More than products of society, the Spinozistic "rarities" that motivate the Quignardian reading are based on solitude, friendship and the life of thought.

KEY WORDS: Spinoza – Secret – Prudence – Freedom of thought

Diego Tatián es Doctor en filosofía (UNC), Doctor en ciencias de la cultura (Scuola di Alti Studi di Modena), Investigador independiente del CONICET y Profesor de Filosofía Política. Es autor de libros de filosofía y literatura. Fue director de la editorial de la Universidad Nacional de Córdoba y decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la misma Universidad.



En los escritos de Pascal Quignard el nombre de Spinoza aparece con frecuencia vinculado al paraíso. También al pensamiento solitario (que por pensar arriesga la muerte), a la felicidad y la beatitud viviente, a la alegría, la claridad, la *generatio*, la libido, el eros, la *pulsio*, la *libertas*, las rarezas, el alud, la debacle, lo anterior indomesticable, lo indeclinable, la lectura, la lucidez, la prudencia, el secreto...

Quignard es esencialmente un coleccionista y un recolector. El proyecto literario que desde 2002 lleva el nombre de *Último reino* consta hasta el momento de nueve volúmenes¹ que se proponen

¹ Las obras de Pascal Quignard son: *Les Ombres errantes (Dernier Royaume I)*, Paris, Éditions Grasset, 2002; *Sur le jadis (Dernier Royaume II)*, Paris, Éditions Grasset, 2002; *Abîmes (Dernier Royaume III)*, Paris, Éditions Grasset, 2002; *Les Paradisiaques (Dernier Royaume IV)*, Paris, Éditions Grasset, 2005; *Sordidissimes (Dernier Royaume V)*, Paris, Éditions Grasset, 2005; *La Barque silencieuse (Dernier Royaume VI)*, Paris, Le Seuil, 2009; *Les désarçonnés (Dernier Royaume VII)*, Paris, Éditions Grasset, 2012; *Vie secrète (Dernier Royaume VIII)*, Paris, Gallimard, 1997; *Mourir de penser (Dernier Royaume IX)*,

recoger “todo aquello que ha caído”, lo que fue aplastado por los poderes victoriosos, lo que se descentra de lo que había que hacer, lo que aspira a la sustracción, a no ser parte, a detenerse en lo que pierde y se pierde bajo el principio de que “el enemigo nunca dejará de triunfar. Ni la muerte de incrementarse. Lo que debe transmitirse es lo Perdido”.² El trabajo quignardiano es una obra de memoria paradójica (“lo que hemos olvidado no nos olvida”)³ y restitución de experiencias donde prorrumpen la condición “anterior” que vulnera al tiempo secuencial.

Mi maestro escribió en Voorburg: Estamos incluidos en la felicidad. Nuestra vida consume algo de antaño que era alegría. Todos hemos estado asociados en nuestro origen con una explosión de beatitud viviente... Reabrió la puerta del jardín. Fue excomulgado. A partir de ese día pasó a la lengua latina; a la lengua de los muertos; no escribió más que en ella; no habló más que en ella.⁴

Lo que la lengua spinozista procura nombrar es eso “que nunca termina de surgir”, lo que brota, lo que irrumpe incondicional –lo “anterior” (*le jadis*). “Spinoza: lo que nos precede es actual en nosotros. No somos más que generados por la *generatio*. Todos somos hijos e hijas del Otro anterior. *Alter invisibilis per generationem*”.⁵

Lo indeclinable que retorna –o que siempre yace y está ahí– es una *pulsio*, una “*virtus imperecedera*” –en griego: una *physis*. En términos spinozistas: una *potentia*, un *conatus*, una *vis existendi* que produce infinitas cosas en infinitos modos; *pulsio* de cada cuerpo, *potentia* de cada cosa, que nunca es suya sino abismo, “explosión de beatitud viviente” y *goce*: “La meditación de Ovidio se parece a la de

Paris, Éditions Grasset, 2014. Existen traducciones de los nueve volúmenes publicados hasta ahora: *Las sombras errantes*, versión de Silvio Mattoni, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2014; *Sobre lo anterior*, versión de Silvio Mattoni, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2016; *Abismos*, versión de Carlos Schilling, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2015; *Las paradisíacas*, versión de Carlos Schilling, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2016; *Sordidísimos*, versión de Carlos Schilling, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2017; *La barca silenciosa*, versión de Margarita Martínez, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2010; *Los desarzonados*, versión de Silvio Mattoni, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2013; *Vida secreta*, versión de Encarna Castejón, Madrid, Espasa, 2004; *Morir por pensar*, versión de Silvio Mattoni, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2015.

² *Abismos*, op. cit., p. 63.

³ *Ibid.*, p. 40.

⁴ “El paraíso”, en *Sobre lo anterior*, op. cit., 84.

⁵ *Sobre lo anterior*, op. cit., p. 194.

Spinoza que pensaba que el placer sexual no es el goce directo sino el reflejo de un goce más vasto. De un goce ontológico, volcánico. Goce del ser por ser”.⁶

Una equivalencia siempre a punto de producirse y vislumbrada –que Quignard apenas sugiere y nunca explícita en su recurrente evocación de Spinoza– lleva a vincular lo anterior y la sustancia. Aorista, indeterminada, inagotable y sin comienzo, la sustancia es fuerza que acompaña todas las cosas, inmanente a lo que existe sin para qué, con inminencia de novedad y nacimiento. Quignard usa con frecuencia la palabra “ola”, como en los *Petits traités*: “Nuestra vida consume algo eterno. El placer es un mismo estremecimiento para todos y para siempre... [Spinoza] Creía que al nacer quedábamos asociados al presente y a la beatitud activa. Decía: estamos comprendidos en la felicidad, en la actualidad eterna. Usen las palabras que quieran. Todo es de una materia efervescente y responde al mismo oleaje”.⁷

Experiencia súbita de una inherencia en la felicidad, el hallazgo fundamental en el spinozismo quignardiano es un intenso deseo de paraíso que deja orientarse por una *claritas*. Entre los “momentos de paraíso” que recaban *Las paradisíacas* se narra la historia de Leenhoff, un pastor de Zwolle quien al día siguiente de la muerte de Spinoza en el invierno de 1677 escribió *El paraíso que estaba en la tierra* (allí el pastor anotó: “sólo dos cosas son valiosas: *Laetitia*, *Libertas*, aún cuando no sean estados, como pensaba el maestro”).⁸ Pero nunca se mencionan los versos del poeta menonita Dirck R. Camphuysen que en 1896 permitieron detectar la casita de Rijnsburg en la que Spinoza le alquiló dos habitaciones al cirujano Herman Hooman entre 1661 y 1663 –sita en el número 29 de la calleja que desde ese descubrimiento se llama Spinozalaan, aunque en el curso de los años la gente la había llamado siempre “calle del filósofo”. Cuando en 1896 la casa estuvo en venta, Wilhelm Meijer descubrió en el frente, apenas legible, la piedra con los versos de Camphuysen que una vieja anotación de Johannes Monnikhof situaba en la casa donde había vivido Spinoza. En esa piedra se lee: “*Si los hombres fueran sabios / y buenos / el mundo sería un paraíso, / pero ahora*

⁶ *Abismos*, op. cit., p. 16.

⁷ *Petits traités I* (Second traité: “Dieu”), Paris, Gallimard, 1990, p. 38 [Existe traducción castellana: *Pequeños tratados*, Madrid, Sexto Piso, 2016].

⁸ *Las paradisíacas*, op. cit., p. 140.

es un infierno”. Cuando estos versos fueron escritos en una obra de teatro, Spinoza aún no había nacido. Trasvasado a la más delicada trama filosófica, el perdido *Paradijs* de esa antigua inscripción colegiante anima la *claritas* spinozista, y quizá también su oficio de pulidor (“en cada pieza que producía, usando su diamante del disco de vidrio, había un rayo de luz”).⁹

Gozo de la luz, alegría por la manifestación de lo que hay, deseo de ver... Quignard aproxima ese gozo, esa alegría y ese deseo al conocimiento del tercer género: la exactitud de lo singular, la comprensión de cada cosa, una por una, alojada *in Deo*.

Ni el efecto de lupa ni la visión borrosa del presbita ni la comba de la miopía ni la impresión lejana de un telescopio son acompañadas de semejante alegría. El buen funcionamiento del órgano, esa es la primera alegría. Nitidez de la visión, panorama del acecho, la lucidez es como el cielo azul, aorístico, sin nubes... Esa imagen de lo diáfano, de la claridad luminosa, baña las obras de Aristóteles y Spinoza. Es la alegría que Spinoza llama *laetitia*. Es el conocimiento del tercer género. Como la cabra que salta de piedra en piedra, todo pasa bajo sus pies con exactitud; el animal no titubea, sus cascos no buscan su apoyo, salta, encuentra.¹⁰

O también:

Es como una bruma que se eleva sobre un paisaje latino –sobre las colinas azules del Latium, de la vieja Etruria–, al comenzar la mañana, a medida que el astro blanco cubierto por la niebla que surge de su propio calor se alza en el cielo... Es el conocimiento del tercer género según Baruch Spinoza. Es la *laetitia* que acompaña, según él, la *claritas*.¹¹

Si no acompañada a su vez por un materialismo del solitario, la alegría de pensar arriesga “morir por pensar”. Las cabras, las colinas del Latium, inmemoriales rocas terrestres de “claridad incandescentes”¹²... la *scientia intuitiva* trata con las cosas dadas, no con conceptos; es un saber del don en la “inasible transparencia”. La afirmación de la idea verdadera como *index sui* (que le gustaba tanto a Marx, tanto a Althusser...) es traducida por Quignard en esta línea: “En lo profundo del cielo la luz se ilumina a sí misma (*Ethica*,

⁹ *Petits traités I, op. cit.*, p. 38.

¹⁰ *Morir por pensar, op. cit.*, p. 37.

¹¹ *Ibid.*, p. 82.

¹² *Ibidem*.

II, 43)”.¹³ Lo que Spinoza escribe en el escolio de esa proposición es que “la luz se revela a sí misma y revela las tinieblas” (*lux seipsam, et tenebras manifestat*). No habla del cielo profundo ni de las mañanas etrurias, pero es allí donde Quignard conduce a la filosofía spinozista para envolverla en un encantamiento lucreciano y revelar su intimidad mundana –su aspiración no iluminista de claridad. La potencia de pensar, el desencadenamiento de las demostraciones –“los ojos del espíritu” en medio de la diáfana claridad de Dios– son las cosas mismas en cuanto generosidad de la materia que revela la infinita fuerza generativa de Dios.

La conjunción de *rarus* y *praeclarus* en la última línea de la *Ética* (*omnia praeclara tam difficilia, quam rara sunt* [“todo lo excelso es tan difícil como raro”, traduce Vidal Peña]) permite a Quignard apartarse de las versiones corrientes (“sublime”, “excellent”, “précieux”, “excelso”...) y restituir a *praeclarus* el significado de “muy claro”, “resplandeciente” –en tanto que *rarus* es comprendido como “disperso por la tierra... distante en el espacio, poco frecuente en el tiempo”.¹⁴ El pensamiento es distante, esparcido e infrecuente debido a su luminosidad. No es tanto –sugiere Quignard– precioso debido a su rareza sino debido a su luminosidad. Más aún, es raro debido a la *claritas*, que impone así su infrecuencia dispersa en la tierra.

Las dificultades y las resistencias que acosan a las cosas *praeclara* no son únicamente de orden intelectual o filosófico, sino también social y político. Un muy antiguo odio al pensamiento del que deben precaverse es denunciado por los filósofos de todas las épocas, y ha motivado de su parte discursos sobre la ignorancia voluntaria, sobre la necedad elegida y sobre un paradójico deseo de servir que nunca prescinde de la persecución. No podrán encontrarse discursos de esta naturaleza en Spinoza; sí la tentativa desesperanzada de poner en común la rareza del pensamiento por una paciente adecuación de la lengua filosófica a la lengua de todos, o una simple prudencia cuando arrecia la adversidad –es decir, la mayor parte del tiempo.

La claridad no iluminista del Spinoza quignardiano dirige el núcleo óptico del pensamiento “hacia la felicidad que anima la tierra bajo el mundo humano y contemplar el mayor tiempo posible la

¹³ *Abismos, op. cit.*, p. 199.

¹⁴ *Petits traités, op. cit.*, p. 3.

explosión original que prosigue en el fondo de la bóveda celeste”,¹⁵ para ver ese fondo cada vez desde más cerca. El realismo de la *multitudo* del Spinoza político –que impregna la crítica y las militancias spinozistas desde hace más de cincuenta años– no es otra cosa que el registro donde se toma nota de las condiciones en medio de las cuales es preciso construir una vida secreta –en efecto: “Spinoza oponía a la multitud, al *vulgus*, el amigo, el *carus*, como dos polos contradictorios”.¹⁶ Radicalmente impolítico, se trata de un pensamiento del “repliegue” y un *ethos de la lectura*:

En la plegaria la lengua se convierte en extranjera. Es lo que yo llamo lectura y toda lectura es soledad social. Benedictus Spinoza: “El hombre solo es feliz en la soledad, en donde sólo se obedece a sí mismo”. Marx: “No tenemos otra cosa que perder más que nuestras cadenas”.¹⁷

La presunta cita de Spinoza sobre la felicidad del solitario es inexistente, en tanto que la invocación de la última línea del *Manifiesto comunista* adopta aquí un estatuto antimarxista: las cadenas a perder son las cadenas de lo social. Es la pulsión libertaria lo que interesa preservar en odres nuevos –que en verdad son los más arcaicos.

En busca de Spinoza lector,¹⁸ escribe Quignard que a Baruch “le gustaba leer tanto porque esta actividad hacía palpitar o estremecerse el espíritu, cuanto porque ponía al cuerpo en una posición más recogida y antigua que lo reposaba”,¹⁹ y que en su casa de La Haya disponía de un jardín protegido por muros cubiertos de hierbas. En

esa casa concluyó la *Ética*, cuyo manuscrito escondió en su pequeño escritorio “para que nadie lo viese”, pues “la obra es la interlocución inhallable del pensamiento”.²⁰ Estrechamente vinculado al secreto, el *ethos* de la lectura es la jibia atesorada en las noches de los días consagrados al oficio de pulir: “Sufría de un insomnio crónico que transformó en felicidad leyendo. Amaba hasta ese punto la alegría. Encendía la mecha a las tres de la mañana y descansaba mientras esperaba el alba. Cuando indicaba esto, Kortholt cita la expresión de Séneca: ‘Vatia está enterrado aquí’”.²¹ En el pasaje del horrorizado relato al que remite Quignard, el joven Kortholt hallaba en la noche y en el gusto por la noche la clave de tan monstruosa filosofía y tan pernicioso filósofo:

Demasiado diligente [Spinoza] se entregaba al estudio incluso en plena noche y la mayor parte de sus tenebrosos libros fueron elucubrados entre las diez de la noche y las tres de la madrugada (...) [Así] comenzó a ponerse enfermo, agotado por el trabajo nocturno. Siempre pensaba, sin embargo, en la vida, y ni le venía en mente la muerte inminente (...).²²

Iluminada por una lámpara solitaria en medio de la noche en la que todos duermen, la habitación de Spinoza –la misma en la que durante el día pulía con sus instrumentos de óptica– es aquí pensada como una “isla”. En una página de *La barca silenciosa* se enuncia una pequeña teoría de la isla: Kronstadt, Islandia, Japón. En el sudeste de la isla de Kotlin se levanta la fortaleza de Kronstadt, en la que durante marzo de 1921 tuvo origen la rebelión anarquista de marinos soviéticos que reclamaban el fin del “comunismo de gue-

¹⁵ *Los desarzonados*, op. cit., pp. 256-257.

¹⁶ *Las sombras errantes*, op. cit., pp. 125-126.

¹⁷ *La barca silenciosa*, op. cit., p. 60.

¹⁸ En las antípodas del spinozismo de Quignard (también en este caso ubicuo y diseminado pero decisivamente alojado en la filigrana de toda su obra), Althusser invoca un Spinoza lector, y lo convoca en las primeras páginas de *Lire Le capital* a propósito de la pregunta “¿qué es leer?”, que se torna fundamental habida cuenta de la opacidad de lo inmediato. “Por primera vez en el mundo”, en efecto, Spinoza vincula “la esencia del leer y la esencia de la historia en una teoría de la diferencia entre lo imaginario y lo verdadero...”. El Spinoza lector de Althusser no es el solitario frente al libro abierto bajo la lámpara encendida en una noche de invierno, sino alguien que ejerce su práctica lectora (alguien que –dice Althusser– enseña a leer, y por tanto a escribir, como Freud enseñó a escuchar, y por tanto a hablar) en el (del) opaco libro del mundo común, pero –como Marx– liberado del mito religioso de la lectura (Louis Althusser y Étienne Balibar, *Para leer El capital*, México, Siglo XXI, 1977, p. 21).

¹⁹ *Petits traités*, op. cit., pp. 40-41.

²⁰ *Morir por pensar*, op. cit., p. 186.

²¹ *Petits traités*, op. cit., p. 41.

²² Sebastian Kortholt había viajado a La Haya en 1695 para obtener noticias de primera mano acerca de la vida del célebre filósofo Baruch Spinoza, que hacía algunos años había muerto en la ciudad. Seguramente, la curiosidad tuvo origen en un libro que su padre, Christian Kortholt, teólogo renombrado de la universidad de Kiel, había publicado en 1680 bajo el título *De tribus impostoribus* –donde los impostores no son, como sostiene la tradición libertina en libros homónimos, Moisés, Cristo y Mahoma, sino Hobbes, Herbert de Chersbury y Spinoza. Entre otras personas, el intrigado viajero entrevistó al pintor Van der Spyck, último hospedero del filósofo, en cuya casa lo encontró la muerte. El Spinoza que resulta de esas notas de viaje es un “ateo malvado”, un “hombre ávido de gloria y ambicioso”, “padre de monstruosísimas opiniones”, y sus obras son descritas como “engendros de una fantasía errática y espectros repugnantes de la puerta infernal, dignos de ser devueltos al orco, del que habían venido, a fin de que no pudiesen arrastrar a sus lectores a las inextinguibles llamas”. Junto a las biografías antiguas de Jelles, Bayle, Colerus y Lucas, el relato de Kortholt se recoge en Atilano Domínguez, *Biografías de Spinoza*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 91-95.

rra”, un aumento de las raciones de pan y mayores libertades para los obreros y campesinos. Días después del *ultimátum* de Trotski, la rebelión fue aplastada por 50.000 soldados del Ejército Rojo y los rebeldes, civiles y militares, masacrados. “Kronstadt es la libertad insurreccional convertida en isla”, “la isla por excelencia”.²³ Islandia y Japón, en tanto, serán evocadas como islas que aman a los libros, todo para llegar a la idea de seres islas: lectores, “seres libresco”, “ateos”, “literatos”, “anacoretas”... Sus habitaciones son grutas, ellas mismas islas, últimos reinos donde tienen lugar raras experiencias de libertad más allá de la familia, las normas sociales, la educación, el lenguaje, la repetición, lo siempre visto, lo siempre oído... habitaciones como selvas. “Rara” –dice Quignard– llamaba Spinoza a esa primavera tras lo domesticado –a esa “debacle”.²⁴ (En *L’avenir dure longtemps* Althusser hablaba de “islotos de comunismo”. Y hablaba, también allí, de América Latina como una isla).

Otro pasaje de *La barca silenciosa* recuerda que “libertad”, *eleutheria*, era una palabra que un griego antiguo oía ante todo como la posibilidad de ir a donde se quiera, como la posibilidad de errar y de aventurarse en lo desconocido. Hay en la experiencia de la libertad un anhelo remoto o un eco antiguo de animal salvaje (*solivagus*: que erra en soledad), una memoria de errancia salvaje, de origen incierto, que arrastra fuera del lugar, de lo familiar, de lo interpretado, y acaso del lenguaje. Libertad, así, es ante todo exposición a la fortuna –y por tanto al error, al infortunio, al despojo y la desposesión. Libertad es abandonar la casa y perderlo todo para volver a la selva.²⁵

La palabra “emancipación”, que en lengua española significa tanto como haberse liberado y es equivalente de libertad, arrastra los mismos significados. De proveniencia jurídica, el verbo latino *emancipare* presenta originariamente un significado negativo: quedar fuera de la potestad del padre (de la *patria potestad*), lo que implica pérdida de los derechos de herencia y protección; separación y exclusión. El prefijo *ex-* presente en la palabra, porta esta exclusión al exterior, en tanto que el vocablo *mancipium* resulta de la composición de *manus* (mano, lo que se posee, aquello que se tiene a la mano) y *capere* (tomar, aprehender). La *emancipatio* es la pérdida

²³ *La barca silenciosa*, *op. cit.*, p. 103.

²⁴ *Ibid.*, p. 104.

²⁵ *Ibid.*, pp. 89-90.

del derecho a los bienes del padre, la incertidumbre por el sustento, pero también la sustracción de un poder y la ruptura con la Ley. Emanciparse es devenir *sui juris*. Como en la selva; recuperar el estado salvaje cuya resonancia remota toda criatura lleva consigo: la de Spinoza fue una experiencia de emancipación “salvaje” que debió protegerse con una práctica de la cautela y proteger con una “honesta disimulación” la recobrada radicalidad de vivir como filósofo tras haber roto con la Ley.

“Dada por perdida”, la lucha contra lo social elude la frontalidad desigual y elige la habitación cerrada, la insularidad, la vida secreta y, finalmente, la cautela. En toda sociedad acechan Drancy,²⁶ la Lubianka,²⁷ La Perla...; toda sociedad –para Quignard– es policial.

Mi familia, como todas las familias que han tenido relación con la policía francesa durante la última guerra, tenía una apreciación a la vez medida e inquieta de la misión que ésta cumplía. Por poco que a uno le gusten los libros, cuando uno ha proseguido un poco los estudios, la historia de la policía francesa hunde tan profundamente sus raíces en la Inquisición religiosa que inspira un espanto total. Spinoza hace grabar en el engaste de su anillo la divisa: *Caute*. (Desconfianza). La divisa de mi familia hubiera podido ser: Desconfía de la Sociedad Nacional de Ferrocarriles. Desconfía de la Comisión de Transporte Metropolitano. Desconfía de los gendarmes que tocan tu puerta. Desconfía de las agencias ‘federales’ de ‘seguridad’. Piensa sin descanso en Drancy, que sigue después de Pantin, que está antes de Roissy.²⁸

La conjunción en una misma página del nombre Spinoza con el nombre Kronstadt y con el nombre Drancy establece el contrapunto fundamental entre una filosofía de la cautela y el fascismo social en el mundo contemporáneo –o más precisamente: el núcleo de fascismo que toda sociedad, cualquiera sea la época, aloja. El spinozismo es aquí una filosofía para el peligro (tal vez precisamente por ser una filosofía de la felicidad); una filosofía de los perseguidos, de los raros, de los “lectores”, de los abiertos a un último reino que no es el

²⁶ Entre 1941 y 1944 en la comuna de Drancy, hacia el noroeste de París, un conjunto de edificios en forma de U fue utilizado como campo de concentración desde donde fueron deportados más de sesenta mil judíos a distintos lugares de Europa (sobre todo Auschwitz y Sobibor) para su exterminio.

²⁷ Llamada la “Casa de los horrores”, es un imponente edificio en el centro de Moscú en el que funcionó el cuartel general de la Checa y luego de la KGB con una prisión anexa, donde miles de prisioneros políticos fueron interrogados durante el stalinismo.

²⁸ *Los desarzonados*, *op. cit.*, p. 101.

del mercado, el templo y el cuartel. Inactual, el Spinoza de Quignard no es el filósofo del materialismo democrático que descubre en la *potentia multitudinis* una fuerza libertaria de revuelta social; es antes bien el filósofo que enseña a precaverse de la violencia, latente o manifiesta, que se abate –o está siempre a punto de hacerlo– sobre quienes se apartan de las religiones impuestas para “complacer a los difuntos”, de las creencias adquiridas cuando “tropillas herbívoras” se convirtieron en “manadas carnívoras”; sobre quienes resguardan para sí y para otros (el “*carus*”, el “*amicus*”...) la libertad de pensar en los desfiladeros del odio que esa libertad nada liberal despierta en los poderosos de todos los tiempos y, a través del misterioso encantamiento de su nombre (el “nombre de Uno”), en los impotentes de todos los tiempos. En efecto:

Pensar a riesgo de perder la estima de los suyos, a riesgo de abandonar el aroma humano, a riesgo de alejarse del cementerio, a riesgo de ser expulsado de su ciudad, a riesgo de ser excomulgado, a riesgo de morir, asesinado por los franceses, en la soledad de una pieza de hostería. Ése es Spinoza.²⁹

La “forma implicante” en el pensamiento cuando la vida pensante es inevitable (nadie la *elige*) aloja, inextirpable, una paradoja: sólo el pensamiento, arrastrado por el riesgo, es origen de la cautela que es, así, una creación suya. Pero el pensamiento mismo, por serlo, por naturaleza, es imprudencia en cuanto expone al más grande riesgo de la vida social: morir por pensar. La prudencia para no morir por pensar que el pensamiento inventa para hacer algo consigo mismo es siempre frágil y desbordada por lo que debía proteger –de la excomuniación, el exilio, el anatema, la mazmorra, el suicidio o la dilapidación. Como también en política, la prescriptiva quignardiana de soledad es muchas veces excedida por lo inevitable y lo incalculable. Pero no siempre lo inevitable prospera –más aún, casi nunca lo hace.

¿Cuándo la obra humana produce acontecimiento? Esta pregunta no puede ser respondida. O más bien la respuesta no mitiga la incertidumbre, pues la obra humana nunca produce acontecimiento por sí sola –y debido a ello, a su desprotección de lo que no controla, sucede tantas veces *morir por actuar*–:

29 *Morir por pensar*, op. cit., p. 13.

(...) los dioses hacen cosas que los hombres no prevén. El tiempo no está del lado de los hombres sino del surgimiento. Irrumpir temible. Pasaje de lo impensable. Las sociedades humanas no siempre consiguen garantizar el retorno de lo inesperado. Los dioses son aún más polimorfos que las estaciones. Se ignora el porvenir. Únicamente los dioses en su sin fondo (abismo), en su sin límite (aoristo), en su in-visible (Hades) procuran lo repentino.³⁰

El tiempo secuencial administrado (la pura repetición y reproducción de lo existente) vulnerado por lo impensable y lo inesperado irreductibles a cálculo prospera en acontecimiento “repentino” cuando forma una encrucijada con acciones de hombres y mujeres que no podían evitarse, incalculables.

Cuando el cruce infrecuente, raro, entre lo inesperado y lo inevitable –que quizá por muy poco no sucedió en Kronstadt; que sí sucedió en la Sierra Maestra– se produce, irrumpe el destello libertario, mitad humano mitad divino, que desde entonces será necesario *hacer durar* –a esta capacidad de durar Maquivelo llamaba “*virtù*”– tanto como sea posible. Sin jamás olvidar que

la cuestión política siempre es única. La cuestión política es prever el pasado que acecha. La cuestión nunca es: ¿Qué futuro tendrán nuestros hijos? La cuestión del terror inminente es siempre inminente. La pregunta de todos los tiempos siempre es: ¿Qué está a punto de volver?...³¹

En alguna parte de la jungla, aunque no se la vea, la bestia espera su momento.

Acaso lo que antes se nombró con la palabra “paraíso” es la ininterrumpida inherencia de lo impensable divino y lo inevitable humano –o lo que es igual: la dicha que no requiere precaución, pensar sin morir.

30 *Abismos*, op. cit., p. 140.

31 *Las sombras errantes*, op. cit., p. 78.

Bibliografía

- Althusser, Louis y Balibar, Étienne, *Para leer El capital*, México, Siglo XXI, 1977.
- Domínguez, Atilano, *Biografías de Spinoza*, Madrid, Alianza, 1995.
- Quignard, Pascal, *Les Ombres errantes (Dernier Royaume I)*, Paris, Éditions Grasset, 2002.
- , *Sur le jadis (Dernier Royaume II)*, Paris, Grasset, 2002.
- , *Abîmes (Dernier Royaume III)*, Paris, Éditions Grasset, 2002.
- , *Les Paradisiaques (Dernier Royaume IV)*, Paris, Éditions Grasset, 2005.
- , *Sordidissimes (Dernier Royaume V)*, Paris, Éditions Grasset, 2005.
- , *La Barque silencieuse (Dernier Royaume VI)*, Paris, Le Seuil, 2009.
- , *Les désarçonnés (Dernier Royaume VII)*, Paris, Éditions Grasset, 2012.
- , *Vie secrète (Dernier Royaume VIII)*, Paris, Gallimard, 1997.
- , *Mourir de penser (Dernier Royaume IX)*, Paris, Éditions Grasset, 2014.
- , *Petits traités I (Second traité: "Dieu")*, Paris, Gallimard, 1990.
- , *Las sombras errantes*, trad. S. Mattoni, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2014.
- , *Sobre lo anterior*, trad. S. Mattoni, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2016.
- , *Abismos*, trad. C. Schilling, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2015.
- , *Las paradisíacas*, trad. C. Schilling, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2016.
- , *Sordidísimos*, trad. C. Schilling, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2017.
- , *La barca silenciosa*, trad. M. Martínez, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2010.
- , *Los desarzonados*, trad. S. Mattoni, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2013.
- , *Vida secreta*, trad. E. Castejón, Madrid, Espasa, 2004.
- , *Morir por pensar*, trad. S. Mattoni, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2015.
- , *Pequeños tratados*, Madrid, Sexto Piso, 2016.